



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 35.

JUEVES 6 DE NOVIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción

Tomo 1.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

DE LA LONGEVIDAD HUMANA, por Angel Alvarez de Araujo.
—SOR MARTA MARÍA: historia holandesa: (Continuacion).—LA NECRÓPOLIS DE CIRENE, por J. Hamilton.
—MOISES.—DON JUAN DE AUSTRIA, por Pedro de Prado y Torres (Conclusion).—EL SEPULCRO DE CISNEROS.—MODAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XV, por Florencio Janer.—LA LUCHA DE FIERAS, por Krummacher.—SONETO: A una rosa, por M. Meseguer.—Explicacion de la clave enigmática del número anterior.—CLAVE ENIGMÁTICA.

DE LA LONGEVIDAD HUMANA.

El hombre quiere lo primero la salud, y despues una vida larga. Estos dos bienes dependen de él.

Con nuestras costumbres, nuestras pasiones, nuestras miserias, con nuestro género de vida, todo ficticio y convencional, el hombre no muere, se suicida.

Haller, Buffon, Hufeland, etc., demuestran históricamente, es decir, por la enumeracion y la comparacion de los hechos, que la vida natural, ordinaria ó normal del hombre que no muere de enfermedad, es de 90 á 100 años. Haller va mas allá, y señala como término estremo la edad de 200 años.

Mr. Flourens demuestra por pruebas fisiológicas que la duracion normal de la vida humana es de un siglo (1).

Haller cuenta mas de mil ejemplos de hombres que han vivido de 100 á 110 años; cuenta tambien sesenta de 110 á 120; veinte y nueve de 120 á 130; quince de 130 á 140; seis de 140 á 150; uno de 169.

Harvey ha conocido á Tomás Parse, que vivió 152 años. El rey Carlos I deseó conocerle, y le hizo venir á su palacio, en donde para festejarle le obligó á comer demasiado, y murió de indigestion. Harvey le disecó; todas sus vísceras estaban perfectamente sanas; los car-

tilagos de sus huesos no estaban osificados; hubiera podido vivir aún muchos años; murió pues, no de vejez, sino de enfermedad.

Lo que sucede en un hombre puede verificarse en muchos.

Las pruebas fisiológicas de Mr. Flourens son estas:

Todo en la economía animal está sometido á leyes fijas.

Cada especie tiene su talla distinta; aunque el gato y el tigre sean dos especies muy próximas, el gato conserva siempre su tamaño de gato, y el tigre el suyo de tigre.

Cada especie tiene su duracion de gestacion. En la especie del conejo la gestacion dura treinta dias, en la del puerco de la India sesenta, en la gata cincuenta y seis, en la perra sesenta y cuatro, en la leona ciento ocho, etc.

Cada especie tiene tambien su duracion particular de crecimiento.

Si la talla, la gestacion y el crecimiento tienen su duracion reglada y marcada, ¿por qué la vida natural no ha de tener la suya?

La duracion total de la vida de un ser puede medirse, dice Buffon, por la de su crecimiento. Un ser vive en general seis ó siete veces otro tanto de tiempo del que empleó en crecer. Pero cuál es el signo cierto que señala el término del crecimiento, es lo que Buffon no ha dicho, y lo que Mr. Flourens ha descubierto.

El crecimiento de un animal cesa con la reunion de los huesos á sus epífisis (1).

En el hombre esta reunion de los huesos y epífisis se opera á los 20 años.

Puesto que el hombre vive normalmente 100 años, es decir, cinco veces 20 años, la relacion real de la duracion de su vida con la de su crecimiento es cinco, y no seis ó siete.

La regla es general. Asi el camello tarda ocho años en crecer, vive cinco veces ocho, es decir, 40 años; el caballo crece durante sus

primeros cinco años, y vive cinco veces cinco años, es decir, 25 años, etc., etc.

Todos los fenómenos de la vida están unidos los unos á los otros por una cadena de relaciones sucesivas. La duracion de la vida está dada por la del crecimiento; la del crecimiento por la de la gestacion; la de la gestacion por la magnitud de la talla, etc., etc. Mayor es el animal, mas la gestacion se prolonga; la del conejo es de 30 dias, la del hombre nueve meses, la del elefante cerca de dos años, etc.

Lo mismo que la duracion del crecimiento multiplicado por cinco da la duracion ordinaria de la vida, así esta multiplicada por dos da la extrema.

Un primer siglo de vida ordinaria es casi un segundo, ó al menos un medio siglo de vida extraordinaria; tal es la perspectiva que la ciencia ofrece al hombre.

El hombre pues no tiene por qué quejarse de la brevedad de su vida; es una de las especies que viven naturalmente mas largo tiempo; cuando no vive todo lo que debe y puede vivir, no es de la naturaleza ni del Hacedor del que debe quejarse, sino de sí mismo.

Para el hombre que sabe vivir, la vejez no principia sino á la edad de 70 años, ó mas bien para este hombre, segun Buffon, la vejez no existe, no es mas que una preocupacion. Los animales, que no conocen la aritmética, no conocen tampoco la vejez.

Mr. Flourens nos da cuatro reglas fundamentales de saber vivir, que son las siguientes:

- 1.º Saber no ser joven.
- 2.º Conocerse bien á sí mismo.
- 3.º Disponer convenientemente la vida habitual.
- 4.º Combatir toda enfermedad en su origen.

A las que el Dr. Alexandre añade:

Prevenir por la profilaxis homeopática el desarrollo de las enfermedades hereditarias, epidémicas ó contagiosas, y combatir tambien las enfermedades en su nacimiento por la terapéutica homeopática.

(1) Véase el interesante libro que ha publicado monsieur Flourens, de la Academia francesa, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, etc., bajo el nombre *De la longevité humaine et de la quantité de vie sur le globe.*

(1) Eminencia huesosa unida al cuerpo de un hueso por medio de un cartilago, y que se cambia en apófisis por los progresos de la osificación.

Mr. Flourens estudia la vejez bajo los cuatro puntos de vista que ofrece la fisiología, la psicología, la patología y la higiene.

Fisiológicamente, la vida humana se divide en dos mitades, poco mas ó menos, iguales: la una de crecimiento, la otra de decrecimiento.

Cada una de estas mitades se subdivide en otras dos: de aquí las cuatro edades de la vida: *infancia, juventud, edad viril y vejez*.

Cada una de estas mitades se divide en otras dos: la primera en infancia y adolescencia, la segunda en primera y segunda edad juvenil, la tercera en primera y segunda edad viril, la cuarta en primera y segunda edad de la vejez.

Aunque no es fácil señalar la precisa duración de cada una de estas edades, Mr. Flourens establece las siguientes:

Para la primera infancia; desde el nacimiento á los 10 años; es la infancia propiamente dicha; para la segunda, de 10 á 20; es la adolescencia, en la que la pubertad es el fenómeno mas importante.

Para la primera juventud de 20 á 30 años, y para la segunda de 30 á 40.

Para la primera edad viril, de 40 á 55 y de 55 á 70 años para la segunda.

La edad viril, tomada en su conjunto, es la época fuerte de la vida del hombre.

A los 70 años empieza la primera vejez, que se estiende hasta los 85 años; á los 85 años empieza la segunda y última vejez, que puede ir normalmente hasta los 90 y 100 años, y por escepcion mucho mas allá.

El docto académico Mr. Flourens prolonga la infancia hasta los 10 años, porque en esta edad termina la segunda dentición; la adolescencia hasta los 20 años, porque entonces se termina el desarrollo del cuerpo en longitud; en tanto que los huesos no se han unido á sus epífisis, el cuerpo crece, y ya hemos dicho que esto se verifica sobre los 20 años; en fin, prolonga la juventud hasta los 40 años, porque á esta edad se termina el crecimiento del cuerpo en grosor: pasados los 40 años, el aumento de volumen no es un verdadero desarrollo orgánico, sino mas bien una simple acumulacion de grasa.

Después de este doble desarrollo en longitud y grosor, Mr. Flourens encuentra un tercero que aun no ha sido señalado por los fisiologistas, pero que no le parece menos real; este es el de la *invigoration*, es decir, el trabajo interior, profundo, que obra en el tejido el mas íntimo de nuestras partes, el que las hace mas acabadas y firmes, las funciones todas mas seguras, y el organismo entero mas completo. Este trabajo se opera de 40 á 50 años, y una vez hecho, se mantiene mas ó menos hasta los 65 ó 70 años.

Entonces comienza la vejez; ¿pero por qué signo fisiológico puede reconocérsela?

Los antiguos fisiologistas distinguen con razon en el cuerpo humano dos especies de fuerzas; las fuerzas en *uso* y las fuerzas en *reserva*. En la juventud hay muchas fuerzas en reserva; es la disminucion progresiva de estos fondos disponibles lo que constituye el carácter fisiológico de la vejez.

En tanto que el viejo no emplee sino sus fuerzas usuales, no se apercibirá de haber perdido nada; pero por poco que traspasase el límite de sus fuerzas, se sentirá cansado, agobiado, echará de ver que le faltan las fuerzas reservadas de la juventud.

Mr. Flourens no cree que la vejez comience por un órgano mas bien que por otro, sino que empieza á la vez por todo el organismo. Pero de qué modo, por qué mecanismo la vejez se opera?

«La vida es un movimiento, continúa el autor; el principio de la vida, cualquiera que sea la naturaleza, es eminente y visiblemente un principio de excitación, de impulsión, una fuerza que mueve, transporta, trasmuta y renueva sin cesar todas las moléculas de que el cuerpo se compone; de suerte que los cuerpos vivos y organizados no tienen otra identidad, otro igual, que el de la forma ó el de la fuerza; es decir, que hay en ellos invariabilidad ó poco menos. La materia cambia continuamente, pero es depositaria de la fuerza que las moléculas

se transmiten las unas á las otras en su paso á través del organismo, para conservar el ser del cuerpo vivo.

«Todas las partes aparecen y desaparecen continuamente, todas son sucesivamente formadas y reabsorbidas; pero cada una contiene, en tanto que existe, la fuerza que compelerá á la que la suceda, y que obligará á marchar en el mismo sentido que ella, y á revestir su forma.»

Esta idea de la mutación incesante de la materia ha existido siempre en la ciencia; pero Mr. Flourens la prueba directamente: por sus experiencias sobre los huesos, la ha convertido en un hecho material y de una evidencia patente.

«Si yo examino, dice él, el crecimiento en grosor de un hueso de un animal joven, que después de haberle sometido á un régimen de rubia durante un mes, ha vuelto á la alimentación ordinaria durante algunos meses, advierto en su interior una capa roja; pero antes que esta capa se hubiese formado existía otra, que era blanca, y que ha desaparecido. Esta capa roja, que es ahora la mas antigua, era sin embargo hace poco la mas nueva, y bien pronto no existirá, y todas las capas blancas que se formarán después aún no existen.»

Psicológicamente. El lado moral es el mas bello de la vejez. No podemos envejecer sin que nuestro físico pierda; pero tampoco sin que nuestra moral gane; es una noble compensación.

Según Mr. Réveillé Parise, la edad de 65 á 75 años es la edad en que el hombre alcanza con verdad toda la altura de sus facultades. Se pueden citar bien de hechos en apoyo de esta asercion. Buffon tenia mas de 70 años cuando hizo la mejor de sus obras, sus *Epoques de la nature*. Voltaire y La Fontaine, el primero á la edad de 78 años y el segundo á la de 63, escribían versos que revelaban una imaginación aun joven. Fontenelle, á la edad de 95 años, decía que el tiempo mas feliz de su vida había sido el de 55 á 75 años de edad.

No son estas de modo alguno escepciones, sino revelaciones, en que una observación atenta y continuada daría la psicología de la vejez.

El talento tiene dos grandes recursos de acción, que son la atención y la reflexión, y estas no faltan en la vejez.

ANGEL ALVAREZ DE ARAUJO.

SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION).

—Herbert ha salido para Batavia donde permanecerá mucho tiempo, y de allí, se irá mas lejos todavía; sabe Dios cuando volverá á Holanda.

Cristina lanzó un gemido desgarrador, y después alzando hacia la superiora su pálido rostro inundado de lagrimas, dijo con voz doliente:

—Entonces todos los sitios me son iguales, y todos los vestidos tambien. ¡Herbert me ha abandonado! ¡Herbert ha consentido en una eterna separación!

Ocho días después Cristina tomaba el hábito de novicia vertiendo copiosas lágrimas, á pesar de que conocía que aquel vestido en nada comprometía su libertad. Dos hermanas legas la ayudaban á vestirse; Cristina inmóvil como una estatua, no oponía resistencia ninguna; pero su corazón protestaba enérgicamente contra todo lo que aquel hábito parecía prometerle á Dios. Cristina quería su libertad, á falta de otra cosa, y su exaltada cabeza soñaba en atravesar los mares para reunirse con su adorado Herbert. Nunca el piadoso sayal de una novicia cubrió un corazón mas agitado, ni nunca fue humedecido con tantas lágrimas.

Cuando ya estaba vestida una de las hermanas la tomó la mano para quitarla un anillo de oro que llevaba al dedo, como la regla lo exigía: Cristina se apartó bruscamente, diciendo:

—Este anillo me le ha dado Herbert; es el solo bien que me queda y no me desprenderé de él en esta vida.

La superiora entró en aquel momento.

—Quiero conservar este anillo,—repitió Cristina, mostrando la sortija que brillaba en su dedo. La superiora mandó salir á las dos hermanas, y dijo á Cristina fijando en ella una mirada seria y maternal:

—Hija mía...

Estas palabras recordaron á la joven los tiempos en que su madre la hablaba.

—Hija mía, la palabra *quiero*, no se pronuncia nunca en estos lugares: Dios solo *quiere*, y nosotros obedecemos, tranquilizaos; nadie pronuncia sus votos á la fuerza; estais aquí temporalmente en un retiro elegido por vuestro padre, y si después de haber oído las voces que os hablen de Dios, seguis llorando como hasta aquí, os enviaré á vuestra casa; pero en tanto debeis resignaros y obedecer como lo hacemos todas.

—¡Pobre anillo mio!—repuso dolorosamente Cristina, todo lo que me quedaba de Herbert.

—Hay otros lazos preferibles á esos, hija mía, y son los que forman las almas. La oración es un recuerdo que mejor que todas las señales visibles, reúne á aquellos que pueden pensar el uno en otro sin remordimientos. ¿Y ese cordoncito que llevais al cuello?....

—¡Está hecho con pelo de mi madre!—respondió Cristina,—creo que aun en estos lugares puedo besar estos cabellos y regarlos con mis lágrimas!

—En estos lugares os hallais mas cerca del cielo donde está vuestra madre, que lo estabais cuando viviais en el mundo, pero en estos lugares, hija mía, aun ese recuerdo debe depositarse á los pies del Señor. Una religiosa no puede llevar ningun adorno terrestre.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó Cristina,—con que no me quedará nada sobre la tierra, ni los seres que tanto amé, ni las cosas que amaba á causa de ellos!

—Dadme ese anillo, que ya os le devolveré si salís de aquí. En cuanto á los cabellos de vuestra madre podeis hacer lo que voy á decir: á la estremidad de las galerías del patio, hay un nicho en la pared de las capillas donde llevamos en la primavera las primicias de nuestras flores y frutos; allí se pueden depositar tambien las reliquias estimadas de nuestros corazones; venid pues, á ese lugar á dejar en él, como un depósito sagrado, los cabellos de vuestra madre, y podreis verlos y rezar ante el altar donde ellos estén.

Cristina siguió á la superiora, y ambas se adelantaron en silencio bajo las galerías cubiertas que había al rededor del patio; sus pasos resonaban en las losas de piedra; el pedazo de cielo que se veía por encima de las paredes del convento estaba cargado de nubes, y la luz del día alumbraba apenas aquellos muros ennegrecidos por el tiempo; todo estaba solitario y silencioso. No era aquel uno de esos conventos en que las jóvenes educandas llevan con su juventud el ruido y el movimiento al lado del austero sosiego de la vida religiosa, era un convento totalmente entregado al silencio, á la oración y al olvido, y únicamente las almas muy sencillas ó muy elevadas pueden comprender la belleza de tan serena calma: las almas enfermas, como la de Cristina, debían retroceder intimadas al aspecto de aquel santo lugar.

La superiora se detuvo ante una capillita dedicada á la Providencia. Desde luego se conocía que aquella capilla era muy querida, al ver las numerosas ofrendas que la adornaban; hubiérase dicho que el reposo era allí mayor que en ninguna otra parte; el sitio era oscuro en extremo, porque en aquel ángulo de los muros el sol desaparecía mucho mas pronto que en la estremidad opuesta del claustro. La superiora tomó los cabellos de la madre de Cristina y los depositó en el altar: la joven arrodillada en tierra, ó mas bien doblegada sobre sí misma, exclamó:

—¡Dios mio! ¡no te los doy, tú me los arrebatas!

—Hija mía,—dijo la superiora poniendo lentamente su mano en el hombro de Cristina,—tened cuidado con vuestros pensamientos y palabras; Dios está ahí, sobre ese altar; esto es

un cementerio; ¡cada losa de esas es un sepulcro! Sor Van Amberg, permaned aquí algunos instantes en oración, y luego nos seguireis cuando atravesemos esa galería para pasar al coro.

Cristina se quedó sola, inmóvil, en pie y sin atreverse á hacer el menor movimiento. La noche estaba templada y serena, un pacífico silencio reinaba en todas partes; la yerba que crecía en medio del patio se hallaba alumbrada por los primeros rayos de la luna; las tumbas m dió cubiertas de musgo no tenían nada de siniestro; era aquello un santo reposo, después de una santa vida, pero á los turbados ojos de Cristina ninguna cosa podía presentarse bajo su punto de vista verdadero. La oscuridad naciente, la cercanía de los muertos, el negro ropaje que vestía, aquel nombre de Sor Van Amberg que parecía significar: «ya no eres la Cristina de antes,» aquellas altas paredes que la rodeaban, todo la dejó helada de terror. La joven creía que se ahogaba; de pronto se la figuró que la metían viva en el sepulcro, se asustó con el ruido de sus sollozos que se prolongaban bajo los arcos del claustro, tuvo miedo de su sombra, de su persona que se alargaba con los rayos de la luna, y de aquel lúgubre silencio que la dejaba oír sus suspiros y su acerbo llanto. Cristina no se puso á orar, miró con espanto en torno suyo, y permaneció sin movimiento apoyada contra una pared.

El sonido de una campana resonó en lo alto de las bóvedas de la iglesia; aquel toque lento é igual parecía bajar del cielo; era triste y suave á la vez, Cristina escuchó; su imaginación enferma la decía que iba á oír una voz llamándola de lejos á través de las olas del Océano; luego creyó oír como el murmullo del alma de su madre que la llamaba desde los cielos, y por último, las campanas parecían decir á Cristina: ¡orad al Señor, orad!... — y Cristina respondió en voz baja: — oraré cuando me vea libre; aquí no puede ser.

En tanto que el corazón de Cristina se agitaba así, dentro de aquellas mismas paredes otros corazones apaciblemente gozosos, decían: «Bendito sea el Señor que nos ha dado en este sosegado asilo el reposo de cada día, y la inmensa felicidad de amarle!»

Una puerta se abrió en el fondo de la galería, y una larga procesion de religiosas pasó por delante de Cristina lentamente, en silencio, y con los ojos bajos; la última de las novicias se acercó á Cristina, la tomó la mano para hacerla levantar y la mostró con el dedo la puerta del coro que estaba abierta y por la cual se veían las luces que ardían en el altar, y arrojadas ya delante del santuario las religiosas que habían llegado las primeras. Cristina se levantó y entró en el coro, pero sin tomar parte en las oraciones.

Durante algun tiempo dejaron á Cristina entregada á sí misma, exigiendo de ella únicamente el que las acompañara á las horas de rezar. La joven pasó aquellos días en una horrible angustia: ninguna mirada se detuvo en ella sin hallar su rostro bañado en llanto. En el convento no es como en el mundo donde el dolor encuentra mil consuelos. Cristina lloraba sin ocultarse y todas la veían, compadeciéndola en silencio. En el convento el único amigo, el único consuelo es Dios: las hermanas no interrumpían el silencio, á fin de que su voz se oyese mejor.

Los días se iban sucediendo sin que Cristina cesase de llorar con amargas lágrimas. A veces murmuraba del cielo y de los hombres, todo le incomodaba, todo le hacía padecer; se sentaba cerca de las puertas, de aquellas puertas eternamente cerradas, pareciéndole que el aire que allí respiraba era mas libre y mejor que el que sentía en medio del convento. Cuando alguna novicia se dirigía á ella tratando de calmarla con sus palabras, Cristina no respondía, bajaba la cabeza y seguía llorando.

La superiora, que presenciaba en silencio aquel dolor inmenso, se sintió conmovida en su conciencia. Después de haber observado á Cristina largo tiempo, tomó una pluma y escribió lo que sigue:

A M. CARLOS VAN AMBERG.

«MI ESTIMADO PARIENTE:

«Me habeis enviado á vuestra hija manifestándome el deseo de que abrace la vida religiosa; pero después de maduras reflexiones debo deciros que esto no puede ser así. Dios llama muchas veces en su seno á las almas piadosas y felices que obedecen á su voz en la aurora de su vida llenas de confianza y alegría; otras, llama por el contrario á las almas quebrantadas por la desgracia, que acuden buscando un consuelo á sus padecimientos; pero nunca abre las puertas de su santa morada á los que no vienen sino por obediencia á una voluntad ajena, y cuyo corazón se desgarran con este sacrificio. Y sin embargo también estas criaturas le pertenecen, pero deben servirle en otra parte, y puesto habrá en el cielo para todos los servidores de Dios, sea cualquiera la vía en donde hayan trabajado. Os suplico, pues, mi querido pariente, que enviéis pronto á buscar á vuestra hija Cristina, que la cubrais con el manto de vuestra indulgencia, y la dejéis vivir bajo el techo de la casa paterna: vuestra hija no podrá ser feliz en donde está, y todas las demás lo somos. ¡Dios os guarde, mi estimado pariente!

SOR LUISA MARIA,

Superiora del convento de la Visitación en ***

La superiora esperó la respuesta, dejando á Cristina en el reposo y el silencio, y pidiendo á Dios que viniera en auxilio de aquella criatura desolada; pero justamente ese silencio y ese reposo eternos, asesinaban á Cristina que hubiera deseado desahogarse alterando y descomponiendo todo cuanto veía en torno suyo. Cuando el sacrificio de uno mismo no es debido á la acción voluntaria del pensamiento, las cosas que le exigen materialmente, sometiendo solo nuestras acciones y no nuestro libre albedrío, nos hacen padecer horribilmente. Si Cristina andaba, era necesario que lo hiciera con lentitud; si hablaba, debía ser en voz baja; cuando oía la campana tenía que orrodillarse á la fuerza; si el reloj señalaba las diez había que acostarse sin tener sueño; si principiaba á despuntar el día, era preciso levantarse con los ojos doloridos de no haber dormido en toda la noche. Nueve veces por día sonaba la campana para ir á rezar; para las religiosas, esta campana, voz amiga que bajaba del cielo, parecía facilitar el transcurso del tiempo dividiéndolo, pero para Cristina era un suplicio de obediencia que la partía el alma entregada completamente á las pasiones de la tierra.

Cuando se hallaba sola en su celda por la noche, se levantaba y se iba junto á la ventana, tratando de descubrir algo de cielo. La luna y las nubes le recordaban aquella última noche de esperanza y amor: en que por espacio de algunas horas fué vogando por el río, sentada junto á Herbert, creyendo en la eterna unión de sus dos almas y soñando la libertad bajo el hermoso cielo de la España; luego llamaba á Herbert, le hablaba y se deshacía en llanto. Después de estas noches de insomnio, bajaba al coro con los ojos hinchados de llorar, con una palidez mortal esparcida en todo su semblante, y la superiora la miraba fijamente, como compadeciéndola con cariño, y reconviniéndola en silencio.

Un día la superiora la mandó llamar y la dijo:

—Hija mía, quiero hablaros para deciros que deseo vuestro bien. Vuestras continuas lágrimas me entristecen el corazón, nunca había creído que una criatura humana podía llorar así. Las leyes de este convento me imponen la obligación de cuidar con un amor maternal de las hermanas que se encuentran en él; vamos enferma mía, ¿la vida os parece poco llevadera?

—Sí, —respondió Cristina, — la vida me hace padecer mucho mas de lo que puedo soportar; quiero salir de aquí, quiero estar libre.

—Pero no teneis mas que 16 años, y ni aquí ni en ninguna parte podeis gozar de la libertad.

—Pues entonces me considero muy desgraciada; que me dejen llorar mis infortunios.

—Hija mía, —respondió la superiora, — he sabido apreciar el sosiego feliz de que he gozado, pero al veros, reconozco que el Señor me ha preservado de muchos males. ¿Qué encontráis en este convento que pueda pareceros peor que las agitaciones que debeis al mundo?

Al despuntar el día, la campana, que oímos desde la infancia, nos llama á la oración; todas amamos esa campana, que nos recuerda los saludables pensamientos que deben seguirnos por todas partes. Cuando vamos al coro, algunas de nuestras hermanas cantan las oraciones que, leídas son bellas ya, pero cantadas por voces suaves y puras tienen mayor encanto todavía: un completo sosiego penetra nuestros corazones; nada preocupa nuestros pensamientos, ningún mal puede sobrevenirnos, y vivimos exentas de toda información: las horas, para nosotras, no son largas ni cortas, las pasamos siempre ocupadas y todas nos parecen iguales; no hacemos mas que obedecer estrictamente á las órdenes del santo que ha trazado nuestro camino para llegar al cielo. Nuestro trabajo es para los pobres, ó para nuestra casa: hay horas de un gran silencio, pero cuando se tiene la costumbre del recogimiento se oye mejor la voz de Dios estando todo callado. Aquí obedecemos, no á los potentados de la tierra, sino á Dios. Somos pobres, es verdad, pero no nos falta el pan de cada día, ni vestidos para preservarnos del frío; ningún lazo nos une, y sin embargo, somos todas hermanas, porque cuando se debe amar á todo el mundo no puede nadie concretarse á una sola amistad, y por esto nuestro corazón se halla abierto anchamente para todos nuestros hermanos. Si nada nos pertenece, si cambiamos de celdas, de libros y de rosarios, es porque no aspiramos á nada mas que al cielo, y para estar dispuestas á oír la voz de Dios cuando nos llame, debemos cortar de autemano todos los lazos que tocan á la tierra. Vivimos en un claustro, ¿pero qué nos importa la inmensidad de un mundo que ignoramos? Nuestras almas saben traspasar los muros de este convento, pero no para seguir los caminos del mundo, sino para elevarse y volar al cielo hasta el seno de Dios. Por último gozamos de una paz nunca interrumpida y todas las ovejas extraviadas que entran en nuestra casa, dicen que solo en ella se encuentra el reposo que no existe en ninguna parte entre los hombres. Todas nuestras hermanas son buenas, sencillas, trabajadoras y dulces de ánimo, y saben sonreír después de rezar, y sabrán hablaros para instruirlos y aun para distraeros. Vamos, Sor Van Amberg, no os rebeleis contra la atmósfera de paz que reina á la sombra del claustro, no pidáis imperiosamente al Todopoderoso, que os ha creado para la dicha eterna, el que os prodigue todavía las mundanales felicidades de una vida que, para él, dura como un minuto: abrid vuestra alma á la fé.

La superiora se calló; Cristina con la cabeza baja todo el tiempo que la religiosa le habló, la había estado escuchando, aunque sin cesar de llorar; su corazón rechazaba toda idea de olvidar á su adorado Herbert. La superiora cruzó las manos, poniéndose á rezar en voz baja, sin querer decir á la joven el paso que había dado de escribir á su padre, porque deseaba conservar en su corazón la esperanza de enviarla un día al seno de su familia, aunque entre tanto, animada de un santo celo, trataba al menos de aprovechar su momentánea estancia en el convento para ver si podía domar aquella alma ardiente é impetuosa.

Un día mandaron llamar á Cristina para cuidar á una hermana que se hallaba enferma; las religiosas todas se relevaban á la cabecera del lecho de dolor. Cristina al entrar en la celda de la religiosa, se sorprendió viendo que había perdido el aspecto triste y austero de las demás celdas. La ventana entreabierta dejaba penetrar hasta la mitad del cuarto un hermoso rayo de sol; en una mesita colocada junto á la cama había un jarrón lleno de flores, lujo pro-



Modas españolas del siglo XV.

hibido en el interior del convento; un hermoso ramillete blanco adornaba una imagen de María, y un libro piadoso estaba abierto junto á la religiosa, que se sonrió con dulzura al notar la sorpresa de Cristina.

—Hermana mía, — la dijo, — venid á respirar el buen olor que hay en esta celda. San Francisco de Sales dejó escrito de su propia mano, que el cuarto del enfermo debe adornarse con hermosas flores que recreen la vista. Hermana mía, los ángeles del cielo bajan á la cabecera de la cama de los que están dolientes, porque los que padecen con resignación son muy estimados del Señor. Ya lo estais viendo; nuestra morada se alegra á medida que se acerca el momento de abandonarla; diríase que está preparada para una fiesta, y en efecto, fiesta y muy grande es la de volar al cielo.

—¿Padeceis mucho, hermana mía?— preguntó Cristina.

—Sí, mucho, y creo que voy á morir pronto.

—Sin embargo, sois bien jóven aun.

—Confío en el Dios que me llama, y estoy dispuesta á reunirme con él.

—¿Hace mucho tiempo que estais en el convento?

—Diez años.

—¿Diez años, Dios mío!

—Que han pasado bien pronto, consolándome luego de las pesadumbres que encontré en el mundo.

—¿Pesadumbres, decís? ¿habeis llorado? ¡Oh! habladme, habladme, por piedad, hermana mía.

—Tres días antes de mi matrimonio perdí

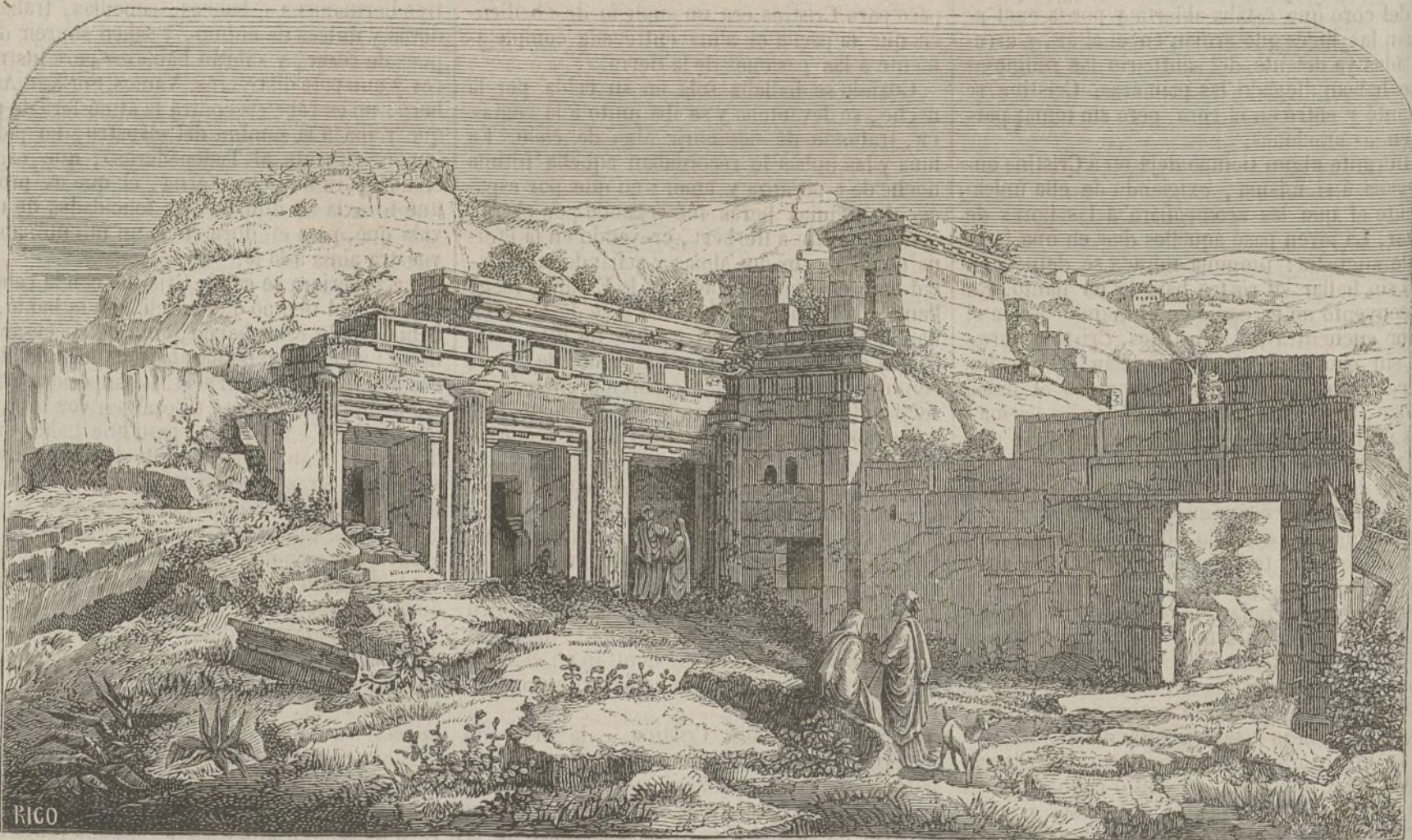
al hombre á quien amaba; hubiera deseado seguirle á la tumba, pero Dios no lo permitió. Hice cuanto dependía de mí, que fué abandonar el mundo, y venir á rezar por él en este santo asilo, hasta el momento de reunirnos en la eternidad.

—¡Separada para siempre del que amabais! ¡Oh! ¡cuánto habreis padecido, hermana mía!

—Separada en la tierra, pero no para siempre, —respondió la religiosa, —y aun puedo decir que he vivido á su lado, porque los muertos están muy cerca de los que se consagran á la oración.

—¿Y no habeis llorado siempre, siempre!

—Sí, lloré, hermana mía, y vuestras lágrimas me recuerdan las mías, pero como he vivido mas tiempo que vos en el mundo, aprendí muy bien á conocerle. Nada es estable sobre



La Necrópolis de Cirene.

la tierra; la separacion se efectúa tarde ó temprano con la muerte, el olvido y hasta el cambio en las afecciones: despues de haberse amado mucho, el cariño decae, y se ama menos: todo es bien triste en la vida: ¿en dónde no se llora? Yo vine á pedir aquí á las esperanzas eternas el consuelo de mis ilusiones perdidas en el mundo. La vida es muy corta, y solo son felices aquellos que tienden sus miradas mas allá: he vivido pacíficamente con un recuerdo, y muero tambien en paz con una esperanza.

Cristina no hizo mas preguntas, pero sus lágrimas seguian corriendo, y en lo interior de su corazon se decia que ella no pararia un instante de llorar, y que queria vivir con Herbert, ó abandonar la vida.

Una noche, cuando las religiosas se hallaban entregadas al sueño, un toque de agonía resonó en el convento; era la religiosa que cuidó Cristina algunos dias antes, que iba á terminar su corta existencia.

(Se continuará.)

LA NECRÓPOLIS

DE CIRENE.

La proximidad, y en algun tiempo la denominacion de Egipto, parecen haber inspirado á los de Cirene la misma reverencia por la muerte que distinguió á sus vecinos; se conoce que abandonaron muy pronto la costumbre de quemar los cadáveres, pero no se sabe con evidencia si los embalsaman. Pocos monumentos hay que sean á propósitos para recibir las urnas, y los escasos huesos que encontramos no presentaban señales de fuego.

El lado Norte de la montaña oriental parece que fue el primer sitio que usaron para enterrar, y juzgando por el estilo, creo que los mas antiguos monumentos son los que hay casi á media milla de la fuente, en el camino de Apolonia. Son grandes sepulcros con fachadas cortadas en la dura roca y pórticos del primitivo orden griego, casi egipcio. Me inclino á creer que los sepulcros que son enteramente escavados, sin obras de mampostería, pertenecen á dos épocas; los primeros, aunque rudos, impresionan por su monolítica grandeza, los de la última con sus licenciosos aunque graciosos adornos me recordaron los de Pompeya. Se encuentran algunos de estos, cuya roca allanada, está rayada con líneas, imitando mampostería, como las estucadas casas de Belgravia. Atribuyo á una época intermedia, la de mayor prosperidad, los contruidos en las cavernas, en forma de templo, y los circulares que son los mas frecuentes, mientras que los sarcófagos planos que se elevan sobre las rocas, pertenecen á todas. El camino de Apolonia corre á lo largo del lado de la montaña y casi á la mitad de su altura; encima y debajo, se edificaron tambien tumbas en gran número, fila sobre fila formando en algunos lugares mas de doce terraplenes unidos entre sí por escaleras.

Sus formas varian muy poco; por lo general solo un cadáver cabe en cada una; sin embargo, encontré una donde se habian depositado dos cuerpos separados por una piedra en la misma escavacion. Los sepulcros en las cuevas tienen casi todos un ante-patio, escavado en la

sus desnudas paredes é informe entrada, presenta el espantoso espectáculo de un descarnado cráneo; solo una he encontrado que permaneciese aun entera; se ha separado de la roca inclinándose ligeramente hácia adelante, pronta á caer en las primeras lluvias violentas.

Me pareció la obra mas digna de ser notada, pues esplica las muchas superficies allanadas de la roca y el adorno aplicado á la fuente.

Entre las mas interesantes del Norte de la Necrópolis, hay tres en un sitio donde el camino, siguiendo el contorno de la montaña, hace una profunda inclinacion. Son monolíticas y en una de ellas las columnas dóricas que sostienen los pórticos escavados al frente de la cueva, son de anormales proporciones. Debajo de ellas al descenso del escabroso monte, en la tercera ó cuarta fila, porque es mas difícil decir cuál á causa de que están todos los sarcófagos agrupados, hay un sepulcro sin ningun adorno exterior, pero que tiene en sus paredes interiores los solos frescos de mérito que he encontrado. Los de la derecha y los de ambos lados del vestíbulo están bien conservados, los de los otros dos, esceptuando un par de grupos, están casi borrados por efectos del yeso en algunos lugares mientras que en otros se ha formado una dura costra de estalactitas. Las inscripciones borroneadas en el fondo, parte con brocha, parte con punzon, han dado un cierto valor á estas pinturas, en las que Pachó (que no ha dado una correcta delineacion de ellas) cree haber descubierto indicaciones del Judaismo. Letreros que á duras penas se pueden leer, contienen los nombres de los que las visitaron que á los que los conocen no ofrece ningun interés. Los frescos evidentemente representan los juegos de los antiguos: carreras de carros, gladiadores y atletas ocupan los dos lados que se han estropeado. Hay dos atletas y otra figura que parece que va á dar un gran salto por encima de sus cabezas, pero que



Moises.

montaña, presentando interiormente un bajo aposento que contiene cuatro ó seis sarcófagos en las paredes, y un gran número de ellos en el suelo; hay otros que forman una galería larga y estrecha, en la que se han abierto cuatro cámaras laterales, cada una capaz de contener dos sepulcros á lo largo y dos ó tres hileras unos sobre otros. El interior de la mayor parte es tosco, sin que queden vestigios de adornos; pocos fueron revocados y pintados, y otros conservan hermosas y bien acabadas obras de relieve en piedra. Los tallados en la roca y adornados con una fachada de mampostería, fueron sin duda alguna en su primitivo estado, los mas magníficos, como los manifiestan los restos de columnas y estatuas, pero en el dia no tienen el menor interes. La fachada por lo general desmoronada, dejando el sepulcro con

vencida cae al suelo, mientras á un lado está el juez con la copa del premio, ó quizás e aceite para untarlos. A su derecha hay dos figuras, una que parece invitar á un jóven que entre en un vestíbulo á que se dirige; y congeturo que será la entrada de la juventud al estudio de la retórica ó poesía. Aquí es donde empiezan las inscripciones. No puede distinguirse la ocupacion de las dos figuras inmediatas. Junto á estas vemos otra con largo ropaje coronada de pámpanos, su mano derecha estendida y una lira en su izquierda. Un orador ó poeta con unos rollos en la mano la sigue inmediatamente; y despues de este la figura del ropaje tocando la lira. Otro grupo hay desgraciadamente muy deteriorado, pero de notable composicion. Contiene ocho figuras todas coronadas de pámpanos; cuatro están tocando la doble cor-

eta; delante de ellas va uno desnudo, llevando una caja cuadrada. También hay otra figura que está ahora sin cabeza, y sigue el músico de la lira rodeado de siete personas. Un hombre con una máscara de la tragedia, parece que está declamando con una mujer, también enmascarada, rodeada de otras siete coronadas de guirnalda. No pude descubrir en estas pinturas vestigios de origen judío: dos de las figuras que aun quedan, que Pacho ha representado llevando mitras, son sin duda algunas máscaras trágicas; el alto cabello de sus frentes le habrá engañado á causa de la oscuridad. Aunque están toscamente ejecutadas, su dibujo es bueno y libre; su estilo es muy parecido al de los frescos de Pompeya, á cuya época, ó quizá á época anterior, deben atribuirse. A los lados de la puerta están representadas una lucha de fieras y una cacería. En una un toro atacado por un león, mientras un tigre se está preparando para saltarle al cuello; debajo hay ciervos, una gacela, perros y un chacal; por todas partes hay venablos en el aire. En el otro lado hay una columna que sostiene un jarrón, un hombre lanzando un galgo casi en la misma posición que el cazador de Gibson, un ciervo, dos liebres y algunos perros.

Más allá y en la misma línea, en el sitio donde aun se conoce el antiguo camino por los profundos surcos de las ruedas de los carros, hay una gran colección de cámaras sepulcrales á la que llaman los árabes *kenisich* ó iglesia. En este sitio hay restos de mamposterías de un gran ante-patio, del que quedan solo parte de los lados; pero aunque es muy espacioso, pues escende en estension á los demás de Cirene, no contiene ninguna inscripción ni emblema. Nada hay en él que indique su uso para las ceremonias religiosas, ó para cementerio cristiano, como lo han supuesto por su nombre algunos viajeros. Es preciso advertir que los nombres como este no tienen su origen en las tradiciones del país: sus actuales habitantes atribuyen todo lo que ven á los cristianos (los *roum*); porque no tienen idea de que otra raza de hombres haya ocupado el país antes que ellos. A esta causa debe atribuirse el gran recelo con que miran á los viajeros anticuarios, á quienes suponen provistos de informes con el fin de sustraerlos los tesoros de sus predecesores, que segun la creencia árabe, están en lugares ignorados. Mi opinion es, que esta gran serie de cámaras, debía ser de alguna corporación cívica ó religiosa, porque es demasiado estensa para una sola familia.

Esta línea de sepulcros, unida con el terraplen por medio de escaleras, se extiende en no interrumpida sucesión por espacio de casi milla y media, hasta que encuentra un cerro muy poblado de árboles, donde empiezan á ser más raros. Entre los inmensos montones de piedras derribadas de las fachadas se encuentran á menudo fragmentos de mármol, y en las escavaciones de toda la Necrópolis se han descubierto muchos bustos.

J. HAMILTON.

(La conclusion en el próximo número.)

MOISÉS.

Moisés, el gran legislador, el que Dios había elegido para librar al pueblo judío del yugo de los egipcios y conducirle á la Tierra de Promisión, era hijo tercero de Jacob descendiente de la tribu de Leví. Nació en el siglo XVI antes de nuestra era y fue espuesto por su madre á las aguas del Nilo en una caja de papiro, de donde lo sacó la hija de Faraon, la cual encargándose de su sosten y educación, le dió por nodriza, sin saberlo, á su propia madre, habiéndose librado el tierno niño por este medio de la inhumanidad de dicho rey, que había decretado la muerte de todos los niños.

A esta circunstancia debe el nombre de Moisés, que en hebreo quiere decir salvado del agua.

Moisés tuvo por esposa á Séfora, hija de un

jefe de la tribu de los medianitas en la Arabia, de la cual tuvo dos hijos, Gerson y Eliezer. Vivieron muchos años en Arabia, pero habiendo oído Moisés una voz que salía de una zarza ardiendo en el monte Horeb y le mandaba regresar á Egipto, se puso en camino con su mujer y sus hijos.

A su llegada á la tierra donde gemían sus hermanos, reunió Moisés con ayuda de su hermano Aaron, á los jefes de las tribus israelitas y pidieron á Faraon les permitiese dejar el Egipto, pero el rey lejos de acordarles su demanda, los oprimió con mas pesado yugo. Se presentaron segunda vez, y segunda vez fueron rechazados, pero Dios no dejó impune el endurecido corazón de Faraon, y levantando el brazo de su poder y de su justicia descargó su furor sobre el Egipto asolando á la tierra y á las personas con diez terribles plagas. Atemorizado Faraon dió orden para que saliesen de su territorio los israelitas. Cuatrocientos treinta años llevaba ya el pueblo de Israel, abatido por la mas cruel esclavitud cuando el dedo de Dios señaló que era llegada la hora de su libertad y del cumplimiento de las promesas que les había hecho en Abraham, y haciendo brillar delante de ellos el astro que debía guiarlos los sacó de la tierra de Egipto. Ese astro era Moisés, que siguiendo al ángel del Señor los condujo hasta la orilla del Mar Rojo y obró allí el portentoso mas grande que haya obrado criatura humana por poder de Dios. Estendió su mano sobre las aguas, y obedeciendo estas se separaron á uno y otro lado dejando fácil y seguro paso al barón justo y al pueblo del Señor. Cuarenta años anduvieron errantes por los desiertos, y durante cuarenta años mantuvo Moisés el orden de tres millones de personas que le seguían, apagando su sed con milagrosas aguas.

Moisés escribió las tablas de la ley por mandato de Dios que se le apareció á darle sus órdenes sobre el monte Sinaí. Demostró también el Señor su voluntad de que le erigiesen un santuario ó tabernáculo dándole minuciosas órdenes sobre su construcción. Inspirado, pues, por el mismo Dios y dirigido por sus repetidas apariciones escribió el Pentateuco, es decir, los cinco libros llamados: Génesis, Exodo, Levítico, Numeros y el Deuteronomio, en cuyos libros se encuentra la historia completa del pueblo hebreo desde su origen hasta su establecimiento en la tierra de Canaan.

Durante los cuarenta años que permanecieron en el desierto murieron los dos hermanos de Moisés, Aaron y Miriam, y despues de sangrientas batallas con los amoritas, moabitas y madianitas se extendieron por las orillas de Jordan.

Retiróse Moisés al monte Nebo, despues de haber trazado los límites de la comarca que debían habitar y de haberles amonestado recordándoles los principales puntos de su ley y murió á la edad de ciento veinte años.

DON JUAN DE AUSTRIA.

II.

El día 7 de octubre de 1571 se libró la memorable batalla de Lepanto. Los aliados reunían.

Grandes galeras.	300
Mas pequeñas.	6
Bajeles (distintos).	22

De los cuales pertenecían solo á España 30 fragatas y 81 galeras. Los demás eran de los venecianos y de Su Santidad.

El armamento total de la armada reunida se componía de 21,000 combatientes, de cuyo número, 11,000 eran españoles y 10,000 alemanes é italianos.

A fuer de buen general, cuidó escrupulosamente de que las galeras estuviesen bien provistas de municiones de boca y de campaña. Constaba la escuadra turca de:

Grandes galeras.	225
Buques menores.	70

A cuyo bordo había una totalidad de 25,000. Una ventaja numérica de 4,000 hombres sobre nosotros.—La escuadra turca se arrojó sobre la nuestra á todo trapo, con la confianza que les había hecho adquirir la frecuente costumbre de triunfar sobre la marina española, llevándose tripulaciones enteras cautivas á la Argelia. En esta ocasión, los combatientes turcos acometían de espaldas al sol. Nosotros de frente, lo cual era una contra. Algo embarazado se halló don Juan de Austria en vista de una acometida tan brusca, principalmente por la momentánea ausencia de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz que mandaba la escuadra napolitana, como asimismo por la de don Juan de Cardona, quien había salido á practicar un reconocimiento con ocho galeras á un puerto distante; pero eso no obstante, don Juan de Austria destacó al punto dos fragatas veleras en busca de aquellos desde el punto que sospechó hostilidad en la escuadra turca.

Acto continuo, don Juan y las tripulaciones de los buques todos, y los soldados que montaban las galeras, alzaron en sus fervientes preces al Señor de las Victorias, al Dios de los Ejércitos, y tremolaron al viento con ardiente entusiasmo el pabellon hispano.—Fray Juan Machuca, Alonso Serrano, Juan de Huerca y otros frailes Franciscos, Capuchinos y Jesuitas, que tomaban parte activa en la expedición, otorgaron allí mismo la absolución á aquellos que iban á sucumbir en la pelea. Por fortuna, cayó algun tanto el viento, no permitiendo á la escuadra turca el avanzar sino muy poco á poco; y á fuerza de remo, dando treguas á don Juan para organizar todos sus aprestos de batalla.

Era el 7 de octubre del año 1571, á las doce del día, cuando se reunieron las escuadras aliadas, y queriendo don Juan que la de su mando atacase, mandó disparar un cañonazo como señal; disponiendo al mismo tiempo que los bergantines y demás bajeles de pequeño porte se apartasen del teatro de la refriega con objeto de que no se escapase ni uno solo de los buques enemigos, intimando las órdenes mas terminantes para *vencer ó morir*.

Las escuadras enemigas avanzaron y se encontraron frente á frente á corta distancia; don Juan arengó con voz vibrante á sus tropas, y todos los clarines tocaron, á la carga. Habiendo reconocido don Juan la galera que montaba *Basa-Hali*, almirante turco (Alí Bajá); tanto por sus insignias como por el sacro estandarte, dispuso acometerla en persona con su buque; pero cuando se aproximó como á distancia de seis botes del turco, este le asió tres cañonazos; el primero de los cuales, destrozó parte del castillo de popa, matando algunos galeotes; el segundo pasó rozando la cocina del buque de don Juan, ocupada por algunos arcabuceros, y el tercero pasó por encima de las cabezas de algunos soldados aparapetados dentro de los botes encima de cubierta. Don Juan, que de intento reservara hasta entonces sus fuegos, replicó con una nutrida andanada que causó serias averías al bajel turco;—seguidamente, entrambos bajeles enemigos se envistieron al abordaje, haciéndose por ambas partes muy encarnizada la general pelea. Don Juan de Austria y Alí Bajá luchaban en persona; este estaba sostenido por siete bajeles que le rodeaban, y el primero por cinco; uno la *Gri-fona*, al mando de Marco Antonio Colonna; las cuatro restantes eran venecianas y españolas. Durante una hora entera duraba ya el combate sin ventaja ninguna por parte de ninguno de los bandos contendientes. Por dos veces consecutivas saltaron los bizarros españoles sobre los puentes de los buques turcos y otras tantas fueron vigorosamente repelidos, faltando poco para que se apoderasen los nuestros del sacro estandarte mahometano. Trascurrieron 30 minutos mas, y el triunfo se inclinó visiblemente á favor de los españoles; el bajá y 500 turcos yacían cadáveres, y prisioneros los hijos de aquel! Por supuesto, se

arrancó el sacro pabellon clavando en el lugar de la media-luna la Cruz. Varias galeras españolas rompieron la línea de la escuadra enemiga; entonces don Juan ordenó que se proclamase en alta voz la victoria alcanzada por los españoles. En esto, don Juan advirtió la lucha sangrienta empeñada entre unos bajeles turcos y el almirante de las fuerzas aliadas sicilianas don Juan de Cardona, quien de regreso de su exploracion se habia retrasado algun tanto; don Juan de Austria acudió presuroso en su auxilio, libertándole y capturando á los infieles, superiores en número, que acometieron al almirante en cuestion. De 500 españoles al mando de don Juan de Cardona, ni 50 escaparon sin heridas de mas ó menos gravedad. En esa misma batalla de Lepanto fue donde don Miguel Cervantes quedó manco, y nuestros lectores recordarán con cuánto embeleso habrá leído el relato de sus propias aventuras, en el libro XIV de su inmortal obra, el *Don Quijote de la Mancha*.

El marqués de Santa Cruz, se condujo con el mayor denuedo en aquella jornada, escapando por dos veces, milagrosamente, de una muerte casi inevitable.—Los turcos sufrieron las siguientes pérdidas.

Galeras.	117
Cañones.	117
Morteros.	17
Violentos.	256
Esclavos ó galeotes.	3,486

No se cuentan muchas pequeñas embarcaciones. El gran botin cogido por la escuadra aliada, fue distribuido entre las tropas de Su Santidad, las venecianas y las españolas.

El sacro estandarte musulman, junto con la noticia de nuestro completo triunfo y total derrota de los moros, se remitió á Felipe II, que se hallaba, cuando la recibió, en el Escorial, en noviembre de 1571.

El sacro estandarte de la Meca, era del grandor de una sábana regular; y sobre fondo blanco, bordados á realce, se ostentaban grandes caracteres de oro, en lengua arábiga. Dicho trofeo se perdió mas tarde, hecho cenizas, en el grande incendio ocurrido en 1671 en el Monasterio del Escorial, justos cien años despues.

Cuando le participaron dicha victoria á Felipe II, asistia á vísperas en la iglesia del Escorial, donde incontinenti se cantó un solemne *Te Deum laudamus!* por todo el capítulo, teniendo lugar al siguiente dia una procesion á la que concurrió el austero monarca *In gratiarum actione!*

III.

Dos años posteriores á la victoria de Lepanto, en Túnez y Biserta, obtuvo Don Juan nuevos laureles, triunfos que le aferraron al parecer mas y mas en sus ambiciosos designios de conquistar para sí un reino independiente. Juan de Soto, hombre dotado de mucha experiencia y pericia militar, que fue colocado á su lado durante la expedicion de Granada en calidad de su secretario privado, por recomendacion de Ruy Gomez de Silva, principe de Eboli, contribuyó no poco á alentarle en aquellos proyectos.

Luego pasó Don Juan de Austria á los Países Bajos, á mandar aquel ejército, donde la dura y restrictiva administracion del duque de Alba, como de su sucesor don Luis de Requesens, sembrara el disgusto y la rebelion flamenco contra de la corona de España. Y si para sofocarla eligieron á Don Juan, fue teniendo en cuenta su semejanza con Carlos V, su padre, que fue allí tan amado, como así mismo por su conexion con el país, siendo como se creia su madre, hija de una de las mas nobles familias flamencas: medida que al parecer del gobierno, rodeando á Don Juan de popularidad y prestigio reportaria buenos resultados para España.

Mas aquel, persistiendo como llevamos dicho, en sus ambiciosos anhelos, hasta medi-

tó una invasion en Inglaterra. Quería á todo trance erigirse un reino al Este, en Inglaterra, Francia ó España; y por último en Flandes mismo; pero, advertido, y receloso Felipe II, frustró siempre oportunamente sus designios; en vista de lo cual, don Juan se sintió asaltado de frecuentes tedios, y accesos de melancolía, viendo deslizar sus años floridos, empeñados en luchas estériles.

Finalmente, despues de la batalla de Namur, le acometió una fiebre pútrida, (no sabemos hasta que punto será verídica esta causa de su fallecimiento.) Solo diremos que murió en 1.^o de octubre de 1578 á los 33 años de su edad, y con él fenecieron todas sus ilusiones ambiciosas. Algunos autores aseguran que, al hacerse la autopsia de su cadáver, se hallaron huellas de envenenamiento...

Segun su deseo, fue enterrado el señor don Juan de Austria, al lado del cadáver de su padre, en el Escorial, y depositado en el panteon de los reyes en 24 de mayo de 1579 un domingo por la tarde.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

EL SEPULCRO DE CISNEROS.

Respeto ofrecen los mausoleos que encierran las cenizas de los grandes hombres. Acercamos en París á las tumbas de Voltaire y de Rousseau, y os parecerá que la vida de aquellos hombres se presenta por completo á vuestros ojos, que existen allí cerca, que quizá os contemplan desde el fondo de sus sarcófagos como queriendo penetrar en vuestro corazon para conocer si visitais su última morada con simpatía ó con desprecio.

Lo mismo sucede al visitar el sepulcro del cardenal Cisneros, suntuosamente construido en Alcalá. Allí reposa aquel hombre diplomático y político, guerrero y sacerdote á la vez, que cuenta numerosos apasionados entre los que admiran su talento, pero que tambien enajenó la voluntad de no pocos con la rapidez de sus hechos. Al contemplar el magnífico monumento donde descansan sus restos mortales, se recuerdan los favores que dispensó en España á las letras y á las ciencias, pero tambien se contrista el corazon al pensar con los rigores de que fueron victimas los moriscos; se ensalzan con placer las medidas con que mantuvo á raya á los descontentos, pero se lamentan los males que se subsiguieron al rigorismo de su gobierno.

El carácter de Cisneros se retrató de una pincelada con la siguiente anécdota que no por muy sabida es menos digna de consideracion y aplauso. Apenas habia fallecido el rey Católico D. Fernando, envió su sucesor á España al dean de Lovaina y su preceptor, Adriano, para que se apoderase del gobierno, pero el cardenal Cisneros regentaba por poderes del rey Católico. Muchos señores llevaban á mal que este se empeñase en continuar gobernando á pesar de la llegada del dean, y le preguntaron con que facultades pensaba continuar gobernando el reino? *Miradlas*, contestó Cisneros enseñándoles un cuerpo de tropas formado en batalla al pié de las ventanas del alcázar, *con aquellas gobernaré la España hasta que venga el principe Don Carlos.*

MODAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XV.

No es nuestro intento dar á conocer en este articulo los trajes, usos y costumbres de aquella época. Solo queremos demostrar aquí brevemente, con los pasajes de varios escritores de aquellos tiempos, que fue grande el lujo de los españoles en el siglo XV.

El bachiller Fernan Gomez de Ciudad Real, es uno de los primeros escritores del siglo XV que debemos tener presente. Bajo el titulo de *Centon epistolario* nos transmitió la correspondencia que tuvo con los principales personajes

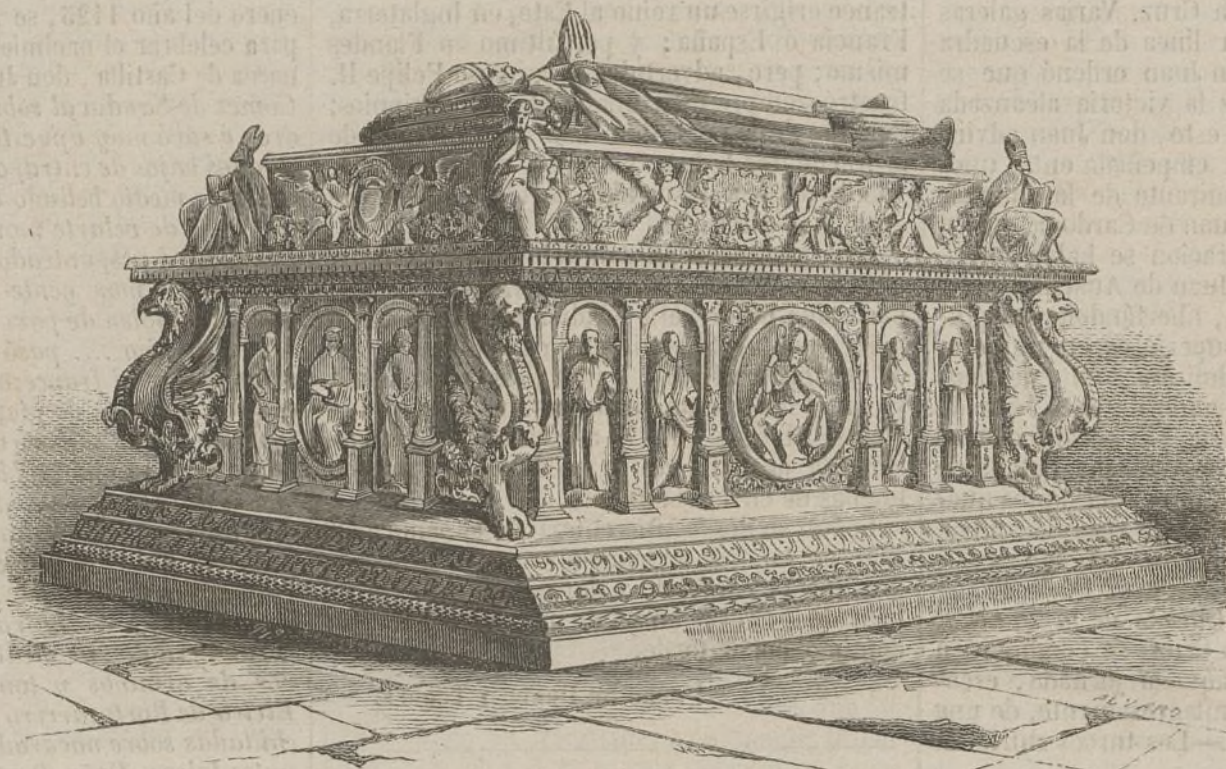
de su tiempo. Hablando de las fiestas que por enero del año 1425, se hicieron en Valladolid para celebrar el nacimiento de un hijo del monarca de Castilla, don Juan II, dice que *Diégo Gomez de Sandoval sobre todos salió de madre, é sacó muy apuestos los de su casa, los criados bajos de entrapada bermeja con carreras de medio belludo amarillo, é los de cerca de sí, de velarte morisco, é revesadas de colorado, é respunteadas las orlas. El Almirante llevó mas gente suya, mas no tan á punto, también de pavoneado, é tiras blancas; é su hijo..... pasó á todos porque sacó unas calzas ni francesas ni castellanas, blancas con tomados de piezas de oro, y su gente llevó atos muy mas ricos y recamados de orfebrería. El Condestable..... sacó un collar que le dió el rey de Aragon, ques valioso en mil florines de oro. Las madrinass si que son para ver é oír; la muger del Almirante é la muger del Condestable, é la muger del Adelantado. La del Almirante..... sacó una saboyana ceñida, de medio raso pardo con vivos de arminios y tomados de verde. Doña Elvira de Portocarrero salió de blanco con cuchilladas sobre nacarado, abotonada de granates falsos. Doña Beatriz de Abellaneda llevó una ropa escotada, de punzado morado, y mangas largas de arriba á bajo con tiras de seda azul y arminada, y las vueltas nacaradas. Esta, dijo el canónigo Leon, que le placia mas sola que esotras dos juntas, etc.*

Varias fiestas se celebraron durante el reinado del mismo monarca y de su sucesor Enrique IV, y ya fuesen civiles ó religiosas, ya en celebridad de victorias, de bodas ó nacimientos de príncipes, siempre descollaron por su magnificencia en juegos, corridas de toros, sa-raos y torneos.

No sucedia otro tanto en el reino de Aragon, pues si bien los catalanes celebraron suntuosamente las entradas en Barcelona de sus príncipes y reyes, en las varias veces que lo hicieron durante la primera mitad del siglo XV, sin embargo, la modestia y sencillez de aquellas gentes, sucedia al orgullo y esplendor de un momento. De aquí es, que acostumbrados los aragoneses y navarros á la sencillez que por lo regular demostraban sus soberanos, no pudieron menos de estrañar el lujo, riqueza y estravagancia que ostentaban las damas castellanas, en las vistas que en 1457 tuvieron entre sí los reyes de Navarra y de Castilla. La reina doña Blanca, y la princesa Ana de Cleves, esposa del malhadado príncipe Carlos de Viana, se presentaban con mucha modestia, y por lo mismo se admiraba el procurador patrimonial del príncipe, cuando escribia á este, de la estrañeza de los trajes de Castilla, diciendo: *La una trae bonet, la otra carnagnola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almayzar, la otra á la vizcaina, la otra con un pañuelo; é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto para armar ballestas, de ellas espadas y aun lanzas y dardos, y capas castellanas, cuanto, señor, yo nunca vi tantos trages de habillamientos (1).*

Pero á tal extremo llegó el lujo de los españoles á fines del siglo XV, que escitó las quejas de los predicadores en los púlpitos y de muchos escritores religiosos. Sobresalió entre estos últimos fray Hernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel la Católica, quien en su opúsculo *Contra la demasia de vestir y calzar*, nos da las siguientes curiosísimas noticias, que pueden servir mucho para ayudar á fijar las costumbres, de aquella época: *Aljubas traían en buen tiempo que cubrian todo el pecho, gorguera traían siempre, delgada ó basta, que cobria las espaldas y pechos enteramente hasta la garganta, y aun usaban sartales anchos, collares y almanacas, porque la honestad demanda que aun cubriesen las gargantas, y las casadas traían toca larga y con punto desde el dia en que casaban.*

(1) Quintana: Españoles célebres.



El sepulcro del cardenal Cisneros.

Mas ya con gran disolucion, perdida toda vergüenza, hasta el estómago descubren las que son deshonestas..... Los clérigos y los letrados, los hombres ancianos y honrados, en toda parte traen, y siempre trajeron hábitos largos..... Claro es que el que ha de correr, ó luchar, ó trocar, ó cavar, ó tejer, ó carpenter, ó trepar ó hacer obras semejantes, otro hábito mas espedito ha menester, que el que está rezando, ó leyendo, ó escribiendo, ó broslando, ó haciendo cualquier obra de reposo y de asosiego..... Voluntario es en la vestidura que sea de lino ó de fustan ó de fusteda, de cuero ó de paño, de oro ó de seda. Tambien es voluntario que sea sin pliegues ó plegada de tal ó de tal manera; y de tal ó de tal aforro aforrada..... Y aun no es sin pecado traer chapines muy altos, que hacen crecer la costa y cantidad del paño; de mas de ser pecado de soberbia y de mentira, ca se finjen con ellos y se muestran luengas las que de suyo son pequeñas..... Mas ya no hay pobre labrador, ni oficial por maravilla, que no viste sino paño, y aun seda, que es mas..... y si pueden aver (los aforros) de grises ó de martas, no se contentan que sean de paño. El sayo ó manto viejo solia servir para aforrar lo nuevo; mas ahora tanto ó mas vale el aforro que la haz..... Antes piensan que guardar esta diferencia (de vestidos), pertenece á los aldeanos, á los oficiales y á los villanos, y por eso ellos (los poderosos) por el contrario, visten lo mejor entre semana, y el domingo, á la Pascua no salen mejorados. Las dueñas comunmente se ordenan mejor en esto, que grandes y pequeñas salen vestidas y relucientes, pintadas y compuestas en las fiestas, porque esperan ser mas vistas.

F. JANER.

LA LUCHA DE FIERAS.

Un soberano de Oriente muy poderoso encontró un dia á su esposa llorando de despecho y pidiendo venganza hácia un atrevido que se habia burlado de su autoridad real. «El infame, dijo, me ha traído un aderezo de piedras preciosas, que despues han resultado falsas.

Ahora espía su delito en un oscuro calabozo, pero es preciso que pague su burla con su sangre; lo he jurado. Te pido pues, oh, rey, que le entregues á las fieras para que le despedazen. «Ah, contestó el rey, es menester no dejarse arrastrar por la ira, pues mal podrá la cólera hallar el camino de la razon. Todo señor de su pueblo debe ejercer absoluto dominio sobre sus pasiones pues es la imagen y el representante de Dios en la tierra. Pero el mismo Dios, añadió la reina, no nos muestra tambien su enfado en las tempestades?» «De ningun modo, contestó el rey, porque aun en las tempestades solo obra en nuestro bien. Ah, amada mia, con cuánta facilidad juzga el hombre del Eterno segun su propia imagen!»

La reina, sin embargo, se enojó aun mas, y dijo: «Tambien el Señor odia y castiga al malvado, y con este fin colocó en tu mano su espada justiciera. Yo solo quiero que el delincuente sufra lo merecido y estando su muerte ya publicada no puede haber apelacion.»

«Pues bien, contestó el monarca, mañana se cumplirán tus deseos.»

Cuando al dia siguiente llegó la hora y los clarines y timbales publicaban el terrible espectáculo, se presenta la reina seguida de suntuosa comitiva. Su corazon se alegraba interiormente por el triunfo de su ira; pues la venganza es cual un bálsamo cuando nuestro orgullo se ve herido. El heraldo abrió la barrera el criminal salió temblando, las trompetas y y timbales resonaron de nuevo. Mas hé aquí que en vez de un leon se presenta un manso corderillo, que se acerca sin recelo al atónito desgraciado. Los timbales y trompetas cesaron de tocar, oyéndose en su lugar una dulce melodía de flautas y dulzainas, mientras el cordero se reclinaba á los pies del sentenciado y levantaba hácia él sus ojos.

La reina miró á su esposo y se sonrojó, lo que observado por el rey; dijo. «Tu mirada, me indica que he obrado bien. El que te engañó ha sido á su vez engañado, y á tí te quedará siempre el honor en lugar de la deshonra. Ese carmin que cubre tu rostro me parece mas hermoso que la púrpura real que te adorna y es á la vez mi recompensa, porque me demuestra que he obrado como digno representante del Altísimo.»

Entonces los timbales y clarines anunciaron la terminacion del espectáculo y el pueblo exclamó: «¡Viva nuestro rey! ¡Viva nuestra reina!»

KRUMMACHER.

SONETO.

A UNA ROSA.

Sobre tallo gentil, que se cimbre
Al ténue soplo de aura vagorosa,
Te meces dulcemente ¡oh linda rosa!
Con gracia que al espíritu recrea.

Guiada por tu aroma, que desea
Con ánsia la pintada mariposa,
Sobre tu cáliz diligente posa
Y el néctar liba que tu seno crea.

Belleza, juventud y amor respiras,
Lozana con tus nítidos colores
Y la fragancia celestial que espiras.

Mas ¡ay! si el tallo troncha en sus rigores
El áspero aquilon, cual yo suspiras
Y pierdes tu alegría y tus primores.

M. MESEGUER Y GONELL.

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMÁTICA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Nuestros dolores son siglos: nuestros placeres son relámpagos.

Lemontey.

CLAVE ENIGMÁTICA.

→4A453294A64 ←3—23A+K, 2A8
←K9—548 ←K4 A K 6V 4A4A
73537645, 639 D K7 K 6V 4A4A
X> 8 K A K9> 3.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.